



Ganas de hablar

Capítulo 15

Sauna, cena, discoteca y más...

Ana María y Noralie, su vecina del quinto piso, estaban en la sauna del gimnasio, relajándose del día largo y agotador. Ana María nunca olvidaría la primera vez que entró en la sauna. Ella había llevado su bañador y se lo había puesto. Cuando llegó el momento de entrar en la cabina con su amiga Noralie, Ana María no podía creer que Noralie entrara completamente desnuda, con su toalla grande en la mano. Se quedó tan sorprendida que dejó la puerta de la sauna abierta. Cuando Noralie se dio cuenta, salió de la sauna arrastrando consigo a Ana María, cerró la puerta de la sauna detrás de sí, se tapó con su toalla y le explicó a su amiga que no podía entrar con el bañador puesto.

- Ay dios mío, ¡qué horror!, pensó Ana María, pero entró, desnuda, y como en la sauna estaba oscuro, no le pareció tan tremendo y terminó acostumbrándose.

- ¿Tú has visto cómo te mira Tomás?, le preguntó Noralie, mirándola de reojo.

- ¡Qué tonterías dices!, tienes demasiada imaginación, dijo Ana María, con los ojos cerrados, disfrutando del calor de la sauna.

- Nada de eso. Es verdad. Tú con tu historia de que no quieres enamorarte. Vivimos una sola vez, Ana María, y es mejor disfrutar de la vida y no pasarse el tiempo trabajando y estudiando.

Dos días después de esa conversación en la sauna, Tomás le preguntó a Ana María si quería tomar un café con él, porque necesitaba ayuda con unos textos en español. Quería escribir unos anuncios en varios idiomas para la fiesta de inauguración del gimnasio, que sería en unos meses.

Ana María aceptó. Pero en lugar de tomar un café fueron a cenar a un restaurante mexicano y casualmente había un grupo grande de latinos. Tomás conocía a algunos de ellos porque iban al gimnasio, así que se sentaron todos juntos y fue una cena muy divertida, muy ruidosa, muy alegre y Ana María se rió como hacía rato que no se reía. Bebieron cerveza mexicana, comieron tacos, burritos, enchiladas, guacamole, todo delicioso y, después de la cena, fueron todos juntos a la discoteca para bailar y beber unos cócteles.

- No, no sé bailar, Tomás, trató de explicarle Ana María, sin éxito, porque él la tomó de la mano y la sacó a bailar.

- Todavía no he conocido a ninguna mujer que no sepa bailar si el hombre la guía, le dijo Tomás sonriendo.

La noche fue fantástica, se divertieron muchísimo, bebieron unas cuantas copitas de más y, cuando Tomás la acompañó a su casa y los dos se despidieron, él la besó en la boca.